

Lo que me vereis sufrir ahora no es mas que una ligera dolencia que durará breves instantes. — Dicho esto entró con sus compañeros en las llamas. Mas Dios no permitió que el fuego consumiese sino los lazos con que los mártires estaban atados con las manos á la espalda; por lo que, quedando sueltos, se postraron en oracion, levantaron las manos al cielo, y rogaron á Dios que les hiciese consumir por aquel fuego, para que se cumpliese su sacrificio. El Señor les escuchó, y espirando, fueron á recibir el premio de su martirio.

5. Despues de su muerte quiso Dios glorificar á sus siervos, haciendo patente su gloria á dos cristianos de la familia del mismo presidente llamados Babila y Migdonio, los cuales en el momento mismo en que murieron aquellos, vieron abrirse los cielos, y que S. Fructuoso y sus diáconos, acompañados y en medio de un resplandor celeste entraban á tomar posesion de sus coronas. A tal espectáculo llamaron á Emiliano para que viese como eran recibidos en el cielo aquellos mismos á quienes él habia condenado aquel dia. Corrió Emiliano, pero nadie vió, pues no era digno de verlo. Al venir la noche, afligidos los fieles por la muerte de su pastor, corrieron al anfiteatro con vino para apagar el fuego que aun ardía, y recoger los huesos de los santos mártires, y cada uno llevó cuanta porcion pudo. Mas aparecióse el santo obispo, y les mandó que cada cual restituyese la porcion de huesos que habia tomado, y que los sepultasen todos en el mismo lugar. ¡O bienaventurados mártires, así acaban las actas de estos santos, que como el oro habeis sido probados al fuego, y coronados despues de una gloria eterna, nos invitais desde allá á seguirlos! San Agustín, en un sermon que hizo en la

fiesta de estos santos, se espresa así : *Estos hombres eran de carne como nosotros y tuvieron esta hermosa suerte : todos por tanto debemos esperar de Jesucristo la fuerza de vencer á nuestros enemigos; pues él superará por nosotros todas la dificultades que á nosotros nos parecen insuperables á causa de nuestra flaqueza.*

§ XXXV.

S. IRENEO OBISPO.

1. Se cree que san Ireneo nació en la ciudad de Sirmio, y sus padres, segun se desprende de las actas de su martirio, probablemente fueron gentiles; sin embargo él desde muy niño abrazó la fé de Jesucristo. Adelantado en edad tomó muger, de la cual tuvo muchos hijos, que dejó todos en edad muy tierna cuando dió la vida por Jesucristo. Presentó el Santo tantos y tales ejemplos de virtud, que ya en su juvenil edad mereció que le hiciesen obispo de Sirmio; y en los combates que tuvo despues contra los enemigos de la fé para defender el pueblo sometido á su cuidado, logró la dicha de alcanzar la corona del martirio.

2. En el año 314 llegaron á Sirmio los edictos imperiales de Diocleciano contra los cristianos; y Probo, gobernador de la Baja Pannonia, se dió prisa á ponerlos en ejecucion; y empezó á cebarse contra los eclesiásticos, y de un modo particular contra los obispos, con la esperanza de que, abatidos los pastores, fácilmente quedaria dispersa la grey de Jesucristo. Ireneo pues, que á la sazón era jóven todavía, no tardó en ser preso por los soldados, los que le presentaron á Probo, y este

le dijo : — Obedece las órdenes imperiales, y sacrifica á los dioses. — Respondió el Santo : — Dice la Escritura : El que sacrifica á los dioses, y no á Dios, será esterminado. — Añadió Probo : — Los príncipes tienen mandado que vosotros, los cristianos, ó sacrificueis, ó seais atormentados. — Y dijo Ireneo : — Y á mí se me ha mandado preferir todos los tormentos, antes que negar á Dios y sacrificar á los demonios. — Probo : — O sacrifica ó te mandaré atormentar. — Y el Santo : — Me complaceré si así lo haces ; pues así seré participante de la pasión de mi Señor. — Mandó entonces el presidente que fuese puesto en los tormentos, en los cuales viendo Probo al Santo ya bastante magullado, le preguntó : — ¿Qué dices á esto, Ireneo? Sacrifica, pues.— Y el Santo respondió : Sacrifico con mi confesión á mi Dios, al cual he sacrificado siempre.

3. Mientras Ireneo sufría estos tormentos, vinieron allí su padre, su muger, sus hijos y todos sus domésticos y amigos para rogarle que obedeciese al emperador. Los hijos le abrazaban los pies diciéndole : — Padre, si de vos no teneis compasión, tenedla á lo menos de nosotros. — La muger, entre llanto y sollozos le suplicaba que no la dejase abandonada. Exhortábanle los amigos que no quisiese perderse así en una edad todavía lozana. Pero el Santo, firme como un peñasco en medio de las ondas, teniendo presente aquella sentencia de Jesucristo que dice : — *Al que me negare delante de los hombres, no le reconoceré por mío en presencia de mi Padre que está en los cielos*, no les respondió una sola palabra, anhelando conseguir presto el martirio que le aguardaba. Entonces le dijo Probo : — Ireneo, no seas insensato ; procura por tu florida edad y sacri-

fica. — Respondió el Santo : — Yo procuro por toda la eternidad no sacrificando. — Le sacaron por fin de los tormentos, y fué conducido á la cárcel, donde por muchos días sufrió otros suplicios.

4. Pasado algun tiempo, sentado Probo en su tribunal, se hizo presentar de nuevo al santo obispo, y le dijo : — Sacrifica de una vez, Ireneo, y líbrate de los castigos que te amenazan. — Respondió el Santo : — Haced lo que os mandan, y no esperéis de mí que en esto os obedezca. — Indignado Probo, le mandó azotar en su presencia, y en medio de aquella cruel flagelación, decía el Santo : — Yo desde mis primeros años adoro á un Dios, que en todo me asiste y me conforta ; no puedo empero adorar á dioses forjados por manos de hombres. — É insistiendo Probo que se librara de la muerte, bastándole los tormentos que hasta entonces habia sufrido, contestó : — Ya me libero de la muerte, pues con las penas que me haces sufrir alcanzo la vida eterna. — Le preguntó despues Probo si tenia muger, hijos ó padres, é Ireneo á todas estas preguntas respondió : — Digo que nó, porque Jesucristo tiene dicho que el que ama al padre ó á la madre, ó á la muger, ó á los hijos mas que á él, no es de él digno. — Replicó Probo : — Sacrifica á lo menos por amor á tus hijos. — Y el Santo contestó : — Mis hijos tienen, como tengo yo, á Dios que puede salvarlos. — Y Probo : — No me fuerzes, Ireneo, á que te ponga de nuevo en los tormentos. — Haz lo quieras, pero presto verás la constancia que mi Señor Jesucristo me dará contra tus asechanzas. — Pronunció entonces Probo la sentencia que condenaba á S. Ireneo á morir arrojado al rio. Y al oírlo el Santo, exclamó : — Yo esperaba, despues de tantas amenazas,

que me harías sufrir muchos tormentos, haciéndome luego pedazos, pero no lo has hecho : suplicote que lo hagas, para que veas como los cristianos por la fé de su Dios desprecian la muerte.

5. Enfurecido Probo por estas palabras, mandó que le cortasen la cabeza, y despues que le arrojasen al rio. Entonces el Santo, viéndose ya próximo á la muerte, dió gracias á Jesucristo por haberle dado la fortaleza que necesitaba, y porque con aquella muerte le llamaba á participar de su gloria. Llegado despues á un puente que llamaban de Diana, lugar del suplicio, se despojó de sus vestidos, y levantadas las manos al cielo, hizo esta deprecacion : Jesucristo, Señor mio, que os dignasteis morir para la salud del mundo, ruégoos os digneis ordenar á los ángeles que reciban mi espíritu, ya que yo sufro gustoso por vuestro nombre y por toda la Iglesia. Acogedme por piedad en vuestra gloria, y confirmad mi grey en vuestra fé. — Dicho esto, los verdugos le cortaron la cabeza, y su cuerpo fué arrojado al rio Savo.

§ XXXVI.

SANTA CECILIA VIRGEN Y SANTOS VALERIANO Y TIBERCIO.

1. Santa Cecilia es una vírgen y mártir muy célebre en la Iglesia, en honor de la cual, desde el siglo iv habia dedicado en Roma un templo. De ella se hace mencion en todos los martirologios, y hasta en el cánon de la misa. En el siglo viii se habia espareido la voz de que Ataulfo, rey de los Longobardos habia sacado de Roma el cuerpo de la Santa, trasladándole á otra parte ; pero

la misma Santa se apareció en sueños al papa S. Pascual I y díjole que no habia permitido Dios aquella traslacion intentada por los Longobardos, y le animó para que buscase sus reliquias, como hacia ya el santo pontífice, y las encontró en el cementerio de Pretextato junto á la via Apia ; y en el año 821 las volvió á colocar dentro de Roma en la mencionada iglesia que hizo edificar de cimientó. Y sucedió despues de ocho siglos, en el año 1599, que se halló de nuevo el cuerpo de santa Cecilia (del cual se habia perdido hasta la memoria) en una caja de ciprés dentro de otra de mármol, con las ropas teñidas con la sangre de la mártir ; de cuyo hallazgo fué testigo el cardenal Baronio. Por lo cual, el papa Clemente VIII hizo poner aquella caja de ciprés en donde estaba el cuerpo de la Santa dentro de otra preciosa caja de plata, en la que yace aun en el dia.

2. Y en cuanto á la historia de santa Cecilia, aunque algunos autores habian puesto dudas sobre las actas antiguas, nosotros espondremos su martirio segun estas mismas actas, universalmente admitidas en la Iglesia latina y griega por espacio de catorce siglos. Santa Cecilia fué una jóven romana de las mas antiguas familias de Roma. Nació, segun la mas comun opinion, á principios del siglo iii de padres, no se sabe si cristianos ó gentiles ; pero es sabido que fué cristiana desde su infancia. Y como estaba agraciada con todos los dones de la naturaleza, era deseada de los mas ricos é ilustres donceles romanos. Ella empero rehusaba toda solicitud nupcial, porque estaba toda dedicada al amor de Jesucristo, á quien habia elegido por su único esposo. Se cree que se complacia en tocar algunos músicos instrumentos, á cuyo melodioso sonido se deleitaba en cantar

las divinas alabanzas, sirviéndole esta afición de pretexto para estar mas retirada. Dicen tambien sus actas que llevaba consigo el libro de los sagrados Evangelios para seguir sus máximas y consejos, y por esto su vida no se dedicaba sino á la oracion y á la mortificacion de su cuerpo. Sus padres entre tanto concluyeron tratos para darla en matrimonio á un ilustre mancebo llamado Valeriano. Al oír esto la Santa, no perdió el ánimo, sino que en los tres días que debían preceder á sus bodas observó un ríguoso ayuno, se armó de un áspero cilicio, que no dejó ya más, y perseverando en oracion continúa no cesaba de rogar á Jesucristo que no le permitiese perder aquella virginidad que le tenia ya consagrada. Y así, el Señor la consoló por medio de su ángel custodio, que haciéndosele visible, le hizo saber que él la asistiría, y que Valeriano destinado para esposo suyo, no la ofendería, y con esta seguridad consintió en ser su esposa.

5. En la noche de las bodas, hablando santa Cecilia con Valeriano, le dijo : — Has de saber, Valeriano, que yo soy cristiana, y desde mi niñez me he consagrado á Dios, dedicándole mi virginidad; él me ha señalado un ángel del cielo que me custodiase y defendiese de todo insulto, y así, procura no cometer contra mí cosa alguna que provoque contra tí la ira de Dios. — Oyendo esto Valeriano no se atrevió á tocarla, y aun le dijo que él creyera tambien en Jesucristo, si se le hubiese hecho visible su ángel. Entonces la Santa llena de júbilo con tal respuesta, le replicó que no podía hacerse digno de tal gracia si antes no recibía el bautismo. Movido Valeriano por vivos deseos de ver al ángel, respondió que estaba pronto á bautizarse. Por lo cual la Santa le exhortó

que fuese á encontrar el papa Urbano, escondido entonces á causa de la persecucion en los sepulcros de los mártires junto la via Apia. Y Valeriano, dócil á la voz de su santa esposa y á la voz de Dios, que le habia ya admitido por su siervo y mártir, como fué despues, fué encontrar á S. Urbano, quien despues de haberle dado las instrucciones necesarias, le bautizó.

4. Vuelto despues á santa Cecilia, la encontró en oracion, y tuvo ya la dicha de ver á su lado el ángel resplandeciente de celestial luz, que la asistía. Entonces Valeriano, luego de hallarse restablecido del temor de aquella vision divina, y rebozando en júbilo, formó la resolucion de procurar con todas sus fuerzas reducir tambien á su hermano Tiburcio, que él amaba mucho, á hacerse cristiano, y le contó todo lo acaecido en su persona. Santa Cecilia, que se hallaba presente á aquella conversacion, púsose á demostrar á Tiburcio la verdad de la religion cristiana, y que la religion de los gentiles que él profesaba no era sino un tejido de fábulas absurdas y de falsedades inventadas por el demonio para perder las almas. Y mientras hablaba la Santa, la gracia de Jesucristo atrajo á sí el corazon de Tiburcio el cual procuró muy de prisa el bautismo. Y fué tambien á encontrar á S. Urbano, del cual volvió bautizado como su hermano.

5. Hechos ya seguidores de Jesucristo estos dos santos hermanos, se dedicaron luego á socorrer á los pobres con las limosnas y á consolar á los encarcelados por la fé, y á sepultar los cuerpos de los mártires. Informado de todo esto Almaco, prefecto de Roma y enemigo de los cristianos, mandó llamar á los dos hermanos, y les inculpó lo que hacian y el que se mezclasen con los

cristianos. Estos que se habian ya aficionado á la fé respondieron, que alumbrados por la divina luz, conocian que todo lo de este mundo era vanidad y mentira, y que era la mayor de las locuras el perder por los bienes caducos de la tierra los bienes eternos del cielo. Y replicó el prefecto : — ¿Quien os ha enseñado estos sueños y boberías? Y respondieron : — Bobería es, Señor, el adorar en vez de un Dios una estátua de piedra ó de madera, y preferir una vida que dura pocos dias á una felicidad inmortal. Nosotros fuimos insensatos tambien, pero de hoy en adelante no queremos serlo. Y vos tambien, Almaco, despues de vuestra muerte confesareis vuestra locura, si seguís dando culto á los falsos dioses ; pero entonces no habrá ya remedio á vuestra eterna ruina.

6. Indignado Almaco los hizo azotar á entrambos con tanta crueldad que poco faltó para que no dejasen la vida en aquel suplicio, en el cual los santos confesores no hacian sino bendecir á Jesucristo que les hacia dignos de derramar la sangre por su amor. Mandó despues que fuesen llevados al templo de Júpiter, con órden de que si allí se resistian á sacrificar, se les matase. Y con esta órden fueron confiados á un oficial llamado Maximo, para ser condenados á muerte. Viendo Maximo que los santos mártires caminaban tan alegres á la muerte, les preguntó de donde provenia aquel grande contento suyo. Respondió Tiburcio : — ¿Y como no debemos alegrarnos viéndonos tan cercanos al término de esta infeliz vida para entrar en una feliz que no tendrá fin? — Entonces replicó Maximo : — ¿Con que hay otra vida despues de esta? — Sin duda, respondió Tiburcio, nuestra alma es inmortal ; y despues de esta

vida tan rápida y llena de trabajos hay la vida eterna, que es la plenitud de la felicidad, preparada por Dios á sus fieles servidores.

7. Conmovido Maximo por estas palabras, y mas aun por la divina gracia que le alumbró en aquel momento, exclamó : — Si así es, yo quiero ser cristiano. — Por cuyo motivo difirió la ejecucion de la sentencia dada contra los dos santos hasta el dia siguiente, y en aquella noche se hizo instruir y recibió el bautismo á presencia tambien de santa Cecilia, que animó á todos tres al deseo del martirio. Al dia siguiente en el instante en que los dos santos fueron decapitados, Maximo vió sus almas como dos lucientes estrellas llevadas por los ángeles al cielo, y entonces, llorando de alegría, exclamó : — ¡O felices vosotros, siervos del verdadero Dios ! ¡Y quien puede comprender vuestra gloria cual yo ahora la veo ! Y ya que soy cristiano como vosotros, ¿porqué no puedo tener la misma suerte? — Sabedor Almaco de la conversion de este oficial suyo, á la que siguió la de otros muchos, mandó que Maximo fuese apaleado, y la órden se ejecutó con tal crueldad que el santo mártir espiró en aquel suplicio. Las reliquias de los dos santos hermanos fueron primero sepultadas en un lugar distante cuatro millas de Roma, mas despues fueron trasladadas á la ciudad en el año 821 por el papa Pascual, que las volvió en la misma iglesia dedicada á santa Cecilia.

8. Volvamos ahora á esta Santa. Los santos Valeriano y Tiburcio habian dejado todos sus bienes á la Santa para que de ellos dispusiese á su arbitrio ; y viendo la Santa que su muerte no era distante, los vendió todos, repartiendo su precio entre los pobres. Sabiendo despues Almaco que Cecilia era cristiana, la hizo arrestar.

Sus conductores se lamentaban compadecidos al ver aquella jóven tan ilustre y dotada de tan singular hermosura tan cerca de ser condenada á muerte, y procuraban persuadirla que renunciase á Jesucristo. Mas al contrario, lamentando santa Cecilia la ceguera de aquellos, les decia : — Vosotros habláis así, porque ignoráis cual sea la felicidad de morir por Jesucristo. Sabed pues que este es mi mayor deseo. — Y llena de un zelo santo, demostró á todos aquellos paganos que la estaban escuchando, cuan grande es la dicha de los que creen en el verdadero Dios, y dejan los bienes miserables de esta vida para alcanzar la gloria eterna del Paraíso. Habló largamente sobre esta verdad eterna, y después les preguntó si creían lo que acababa de decir, y le respondieron todos : — Sí, lo creemos, y queremos ser cristianos. — La Santa entonces hizo llamar á S. Urbano el pontífice, que vino allí, y bautizó en aquel mismo día toda aquella turba que se componía de 400 personas, cuya mayor parte dieron después la vida por Jesucristo.

9. Después de tan gloriosa conquista volvió la Santa rebozando en júbilo á las cárceles; y presentada de nuevo á Almaco, encantado este de la belleza de Cecilia y del valor con que respondía, sentíase inclinado á librarla sin imponerle castigo alguno; pero habiendo sabido después la conversión de tanta gente verificada por medio de la Santa, procuró aterrorizarla, amenazándola de muerte si no se rendía. Respondió la Santa : — Señor, vos nos dais la muerte, pero nuestro Dios, en vez de la vida presente, llena de miserias, nos da una vida eterna y soberanamente feliz; ¿y luego os asombrareis que los cristianos teman tan poco la muerte?

Vosotros adoreis una estatua de piedra, trabajada con el cincel, ó un tronco de madera que creció en el bosque, y estas son vuestras deidades. Los cristianos, al contrario, adoramos un solo Dios. Señor de todo, y ¿por esto vosotros nos condenais á muerte? ¿Y porqué? Porque nos negamos á ser impíos. — Almaco quedó como fuera de sí á estas palabras, y dió por toda respuesta que se debía obedecer al emperador. Replicó la Santa, que mas se debía obedecer á Dios. Interrumpiéndola el prefecto, y la mandó otra vez á la cárcel. Y no atreviéndose á hacerla morir en público por temor de alguna sedición, mandó que fuese encerrada en un horno para morir allí sofocada por el fuego. Mas como oyese decir que la Santa no sufría en aquel tormento la menor lesión, mandó á un verdugo que le cortase la cabeza. El verdugo descargó tres golpes de cimitarra con toda su fuerza sobre el cuello de Santa Cecilia, mas no pudo conseguir el cortarle la cabeza; y como la ley prohibía dar mas de tres golpes, dejó á la Santa bañada en sangre, pero viva todavía. Vivió aun tres días, como había pedido á Dios para confirmar en la fé á los que había convertido á Jesucristo, y en aquel tiempo aquella casa estuvo siempre llena de personas de los nuevos convertidos á quienes la Santa estuvo animando de continuo á que se mantuviesen firmes en la fé. Finalmente en el tercer día, que era el 22 de noviembre de 232, dió tranquila el alma á su Dios, y fué á recibir el premio de tantos méritos como había acumulado. S. Urbano, que asistió á su muerte, hizo sepultar su cuerpo en el cementerio de Calixto, y después consagró la casa de la Santa, edificando allí una iglesia.

§ XXXVII.

SANTA INÉS VÍRGEN.

1. Referiremos ahora el martirio de santa Inés, otra vírgen gloriosa, cuyo nombre es tambien celebrado por todo el mundo, por S. Ambrosio, por S. Máximo, por S. Agustin, por Prudencio y por muchos otros escritores. Es fama haber nacido la santa vírgen de padres de ilustre sangre y de santas costumbres. No tenia mas que doce años, como escribe S. Ambrosio (lib. 1, de *Virg.*, c. 2) ó trece, como dice S. Agustin, (*Serm.* 273, *Nov. Eclit.*, c. 7.) y de muchos era apetecida por su rara belleza; pero en especial estaba locamente prendado de ella Procopio hijo de Sinfronio, gobernador de Roma. Mas la Santa habia ya consagrado su virginidad y todo su amor á Jesucristo; por cuyo motivo cuando Procopio le envió un magnífico regalo significándole que la deseaba por suya, le dió la respuesta que ella se hallaba prometida á otro esposo. No perdió Procopio sus esperanzas, probó todos los medios para conquistarla, pero todos le salieron sin efecto. De suerte que la Santa, con el fin de quedar libre una vez para siempre, aprovechó una ocasion para decirle de cara á cara resueltamente: — Apartaos de mí, os ruego, pábulo de la muerte: otro esposo mucho mejor que vos os ha ganado por la mano; es el rey del cielo, á quien toda yo me he entregado.

2. No sabiendo ya que hacerse Procopio, imploró el auxilio de su padre Sinfronio, esperando que este con su autoridad de gobernador de Roma alcanzaria el

buen éxito de sus deseos. El gobernador para dar gusto á su hijo mandó comparecer Inés á su presencia y le dijo que no podia atinar el motivo porque ella rehusaba la mano de su hijo, ni sabia como pudiese aspirar á partido mas ventajoso. Respondió la Santa que su esposo era divino, y por esto superaba de mucho la calidad de su hijo. No comprendia el gobernador quien pudiese ser este esposo divino; mas uno de sus cortesanos le dijo que aquella muchacha era cristiana, y que el esposo divino no era otro sino el Dios de los cristianos.

3. Mudando entonces de tono Sinfronio, dijo á la Santa, que le era indispensable dejar aquella secta y sus máximas si no queria perder la fortuna que se le ofrecia, y sujetarse á la infamia y á crueles tormentos en el caso de obstinarse en ser cristiana; y que para deliberar sobre este punto le señalaba 24 horas de tiempo. Y al momento le respondió Inés con intrépida resolucion, que ella sin deliberar mas tiempo habia deliberado no tener otro esposo que Jesucristo; y que no tenia horror ni á los tormentos ni á la muerte, anhelando con todo ardor dar la vida por aquel su esposo divino.

4. Creyó el gobernador atemorizarla amenazándola que la enviaria á ser prostituida y deshonrada en un lugar infame. Y respondió la Santa: — Yo confio en Jesucristo mi esposo omnipotente que él me defenderá de todo ultraje. Y entonces Sinfronio en un raptó de cólera ordenó que la santa vírgen fuese maniatada con grillos y cadenas; y que fuese arrastrada á los altares de los ídolos para ofrecerles incienso. Pero puesta la Santa delante del ídolo, en vez de quemarle incienso se

persignó, declarando con esto que solo merecia adoracion su esposo crucificado. Airado el gobernador la hizo conducir á viva fuerza á un lugar de prostitucion. Mas puesta la virgen en aquel lugar infame, nadie tuvo el atrevimiento ni aun de mirarla con ojo impúdico. Un solo jóven temerario, y este dice un escritor que fué Procopio, tuvo la desfachatez de insultarla; mas, como escribe el P. Orsi, el desdichado probó el efecto de aquel zelo con que el esposo de las vírgenes vela en defensa de las palomas que le están consagradas, pues en aquel mismo momento lanzó un rayo del cielo que cegó al impúdico, y le hizo caer casi muerto en medio de la plaza. Y mientras sus amigos procuraban darle algun consuelo y le lloraban casi por muerto, rogaron á la virgen que orase por él; y es fama, que habiendo Inés hecho la oracion, fué restituida al jóven la vida y el uso perdido de los ojos.

5. El gobernador atónito por tantos prodigios, estaba inclinado á librar la virgen de todo otro sufrimiento; mas los sacerdotes de los ídolos, diciendo á grandes gritos que todo aquello no eran mas que sortilegios y mágia, movieron é instigaron al pueblo á que pidiese la muerte de Inés, como de una maga; por manera que el gobernador, temiendo una sedicion, si la librava, suspendió la intencion de libertarla; pero no teniendo de otra parte ánimo de condenarla á muerte, remitió el juicio de aquella causa á Aspasio su lugarteniente, y este, forzado por el pueblo, la condenó á ser quemada viva. Al punto quedó erigida la pira y colocada en ella la Santa, se encendió el fuego; pero las llamas la respetaron, pues dividiéndose en dos partes, y dando la muerte á muchos idólatras que allí concur-

rieron, dejaron la Santa sin lesion alguna. Los sacerdotes y el pueblo siguieron gritando que todo era obra del demonio, y obligaron al lugarteniente á mandar á un verdugo que degollase á la virgen sobre la misma hoguera. El verdugo, como escribe S. Ambrosio, pálido de horror por tal ejecucion, estaba vacilando en dar el golpe, mas la Santa le alentó diciendo: — Destruye presto este mi cuerpo que ha dado motivo de complacencia á otros, con ofensa de mi esposo divino. No temas darme una muerte que será para mí principio de una vida eterna. — Y levantando al cielo los ojos rogó á Jesucristo que recibiese en paz su alma bendita, y así la tierna y dichosa virgen, al recibir el golpe, fué á recibir en el cielo la palma del martirio. En tiempo de Constantino se fabricó una iglesia en honor de santa Inés, cuya fiesta celebra dos veces al año la santa Iglesia, á 21 de enero por la muerte que sufrió en la tierra, y á 28 del mismo mes por la corona que recibió en el cielo.

§ XXXVIII.

S. SIMEON OBISPO DE SELEUCIA.

1. Consta de las historias eclesiásticas que en la Persia se predicó la fé de Jesucristo por los mismos Apóstoles; por lo cual en tiempo del emperador Sapor, sobre la mitad del cuarto siglo, habia en aquel reino gran número de cristianos. Sumamente afligidos por esto los magos, que eran los sacerdotes de la religion persiana, habian mil veces intentado que se prohibiese la religion de Jesucristo. Pero en tiempo de Sapor,